

acerca de su disposicion y hacer creer á algunos lectores cristianos, que no distaba mucho de una profesion de fe conforme á sus deseos. Desengañemos á esas personas: si la moderacion de Julio Simon es una prueba de buen gusto y hace honor á su carácter, no basta en verdad á alentar semejantes esperanzas. Esa moderacion es compatible con lo que el filósofo llama *firmeza*, y significa para él, la resolucion constante de vivir y morir en el seno del racionalismo. Él habla, por otra parte, sin embozo ni hipocresía; y estamos seguros de que léjos de ofenderle un juicio como el nuestro, sufriria mas en su amor propio con ciertas interpretaciones benévolas que concluirian al fin con hacer de él un *místico*, arrebatando así á la filosofia, el apoyo de un nombre que le es caro por tantos títulos.

Por lo que hace á nosotros, dejando á Julio Simon representar el papel que ambiciona, vemos en él un racionalista honrado, sincero, firme (para valernos de su propio lenguaje), que aspira á constituir la sociedad en la única base que cree posible en lo sucesivo, de una religion natural y de una moral natural tambien. ¹ Tal es su verdadero programa.

El libro del *Deber*, es la primera piedra del edificio. Mas nosotros, que no creemos que la mano del hombre pueda construir un edificio semejante, y que aceptamos sin reserva la palabra del Salmista: *Nisi Dominus ædificaverit domum in vanum laboraverunt qui ædifican eam*; ² nosotros que decimos tambien con el Apóstol: *Funda-*

¹ Tratamos aquí principalmente del *Deber*; y no nos proponemos examinar las doctrinas de la *Religion natural*, sino en la parte que sirve de desarrollo á los principios enunciados en esta obra.

² Psal. CXXVI.

mentum. . . . aliud nemo potest ponere, præter id quod positum est, quod est, Christus Jesus; ¹ no tenemos fe alguna en tal empresa; la miramos como ruinosa, y creemos que es un deber sagrado apartar de ella, hasta donde nuestras fuerzas lo permitan, á todos los que se vean tentados de prestarles su ayuda. Lo que nos alarma sobremanera, no es la filosofia, que tiene ciertamente el derecho de intervenir en las cosas del orden moral; sino la independenciam que se le atribuye y las quiméricas esperanzas que en ella se fundan; la pretension de investirla de una especie de sacerdocio, de darle el cargo de las almas, y el designio confesado ó no, de sustituirla al cristianismo. Hé aquí lo que nos obliga á revisar cada uno de sus títulos y á tomarle cuentas con una severidad que acaso hoy mas que nunca ha sido necesaria.

Decís bien, la moral filosófica despues del Evangelio, es superior á la de la antigüedad; pero esta superioridad de dónde le viene? ¿No es por ventura del cristianismo? Y si á pesar de la luz é innumerables conocimientos que le debe, es todavía inferior á la moral cristiana, ¿cómo podriamos confiarle la direccion de nuestra vida y entregarnos á ella en cuerpo y alma? Su fuerza, lo mismo que su debilidad, nos aconseja otra cosa; porque demasiado sabemos de dónde saca semejante fuerza. Ora considerémos lo que posee, ora lo que le falta, un secreto impulso nos lleva á buscar en otra parte la fuente inagotable y pura de la verdad. Y desgraciados de aquellos que abandonan la Fuente de agua viva para ir en busca de esas cisternas que no tardan en secarse.

Hay todo un mundo entre Ciceron y Julio Simon; y

¹ I. Cor. III. 11.

á no considerar sino el nivel moral en que uno y otro se encuentran colocados, la ventaja de la comparacion está indudablemente de parte del último. Léjos de nosotros el suponer que entre los méritos que le dan esta preeminencia, no se encuentren varios que son el resultado de su talento, de la rectitud de su juicio, de las nobles inclinaciones de su corazon; pero hay tambien otros muchos de que no es deudor sino al cristianismo, y no podrá llevar á mal que tratemos aquí de hacerlos patentes.

Desde luego ha creído que importaba sobremanera asentar la moral en un fondo dogmático, pues sin él, apenas mereceria el nombre de ciencia. Ha pedido á la metafisica los principios constitutivos de la moralidad. ¿Es libre el hombre para elegir entre el bien y el mal y por consiguiente responsable de su eleccion? ¿Ha sido creada su alma para la felicidad y para una felicidad sin fin? ¿Debe Dios castigar el crimen y recompensar la virtud en la otra vida? Todas estas cuestiones son del mas alto interes para la moral. Si á una sola de ellas se responde negativamente, el mundo moral vuelve al instante á sepultarse en el caos.

Julio Simon conságrase, pues, á demostrar el libre albedrío, la inmortalidad del alma, la vida futura, y supone, si no es que prueba directamente, la justicia del Soberano Remunerador. Podemos casi sin reserva, tributar nuestros elogios al tratado de la *Libertad*, que forma la primera parte de su libro del *Deber*. Véanse reinar en él, el orden, la claridad, *lucidus ordo*, y esa energia de conviccion que engendra la elocuencia. Digámoslo en honra suya: ha roto con los hábitos de ciertos profesores; porque establece un punto de partida y un

fin determinado; prueba con precision lo que afirma, y no divaga por el solo placer de prolongar los reflejos de una idea paradógica y especiosa.

Véase con qué maestría desarrolla esta prueba tan popular y convincente, que toma del *Tratado de las Primeras verdades*, del P. Buffier.

«Si se me presentan dos luses de oro, y se me dice: he aquí el que debeis elegir, ¿no me creo acaso perfectamente libre para tomar el otro? No puede haber accion mas sencilla que levantar tres veces la mano en el espacio de una hora. Si soy libre, claro es que de mí solo depende el hacerlo así ó no; si por el contrario, no soy libre, aquella accion depende de una causa extraña á mi voluntad. Pues bien: yo propongo á cualquiera que piense que no soy libre, el celebrar conmigo una apuesta de mil escudos, de uno, de cien ó mas millones, á que en el espacio de una hora he de alzar tres veces la mano. ¿Quién aceptará semejante apuesta? Nadie. ¿Quien vacilaria en proponerla? Es tambien seguro que nadie. Esto prueba, que todos unánimemente, creen en la facultad que tengo para hacer aquel movimiento si me place. Si nos hallamos tres personas en un aposento, las otras dos pueden muy bien apostar entre sí á que yo comenzaré á andar con el pié derecho ó el izquierdo; más ¿quién habrá de apostar semejante cosa contra mí mismo? Hé aquí, pues, unos hechos en extremo sencillos, que están al alcance de las inteligencias mas humildes, pero que encierran sin embargo, un mérito, y es el de establecer de un modo irrecusable, que la creencia de la libertad humana es natural á todos los espíritus; y esto es tan evidente, que Sexto, Enesidemo, Spinoza, Hume, los filósofos todos en suma, que han negado la liber-

tad, no se habrían atrevido nunca á apostar conmigo á que, estando mis miembros sanos y expeditos, yo no levantaría el brazo en el espacio de una hora.»¹

Hay veinte pasajes de igual mérito en esta parte del libro *del Deber*. Julio Simón prueba, pues, la libertad, apoyándose, ora en el sentido íntimo, ora en la creencia universal del género humano: y con el orden, claridad y método que emplea en la demostración de su tesis, resuelve también las objeciones que de ordinario se ponen contra la libertad, sacándolas ya de la influencia de los agentes físicos en nuestros actos, ya de las causas ocasionales que determinan á la voluntad misma, ya, en fin, de la presciencia y omnipotencia de Dios. De intento adopta soluciones generalmente recibidas, que se encuentran en los cursos elementales de filosofía y teología escolástica, y esto es á nuestros ojos mayor mérito, mérito bastante raro entre los maestros y colegas de Julio Simón.

Observaremos, sin embargo, que la tercera solución, que corresponde á la objeción sacada de la presciencia de Dios, es muy incompleta. No se ha dicho todo, ni con mucho, cuando se ha asentado como un principio, lo que por otra parte, es certísimo, á saber: que la existencia de Dios es una eterna unidad que corresponde á todos los puntos sucesivos de la duración. Esta verdad, incontestable como efectivamente es, no nos da razón de nada; puesto que la ciencia de Dios es anterior á su objeto, no solo bajo el aspecto de la duración, sino también bajo el de la causalidad, y como dice San-

¹ *Le Devoir*, p. 5.—Véase á Buffier, *Traité des premières vérités*, 3.^o parte, cap. III. No necesito añadir que Julio Simón ha nombrado al jesuita, de cuyo pensamiento se sirve tan admirablemente.

to Tomás, *Scientia Dei est causa rerum*.¹ Quedaría, pues, por explicar esa palabra, y por decir, de qué manera puede Dios concurrir á nuestras determinaciones sin perjuicio de su libertad; cuestión que encierra dificultades inmensas, y que es indispensable, no diré ya, tratar á fondo, pero sí enunciar al ménos en una obra que tiene la pretensión de no ser tan superficial.

No contento Julio Simón en haber demostrado la existencia de la libertad, expone categóricamente las causas que disminuye ó aumenta en nuestras acciones la parte de la voluntad, *quæ minuunt vel augent voluntarium*, según el lenguaje de la Escuela. Ignoro por qué una de esas causas, el hábito, está tratado en un capítulo especial; trozo muy literario sin duda, pero en el cual apenas se habla de la influencia del hábito en la moralidad de nuestros actos.

En resolución, ese tratado de la *Libertad* es bueno. El autor ha estudiado evidentemente lo que se llama en la Escuela *un tratado de los actos humanos*, se ha aprovechado de las sanas tradiciones de la enseñanza católica, y ha encontrado tierra firme.

No puedo decir otro tanto de lo que asienta sobre la inmortalidad del alma y de la vida futura. Y á pesar de ello, creo que aun en este punto es superior á los antiguos: el filósofo francés comprende la grande importancia de estas cuestiones, se encarga de ellas, y las medita: esto es ya algo en mi concepto.

Por cierto que, en la antigüedad no hallamos nada semejante. Los estoicos eran, al mismo tiempo que los

¹ Véase á Santo Tomás, *Summa Theol.* 1.^o p., q. 14, a. 8, y *Contra gentiles*, L. I, cap. LXVI, 5. Si tuviésemos que explicar este punto, diríamos que la ciencia de Dios es causa directiva y no eficiente: mas no es aquí su lugar.

mejores moralistas, los mas pobres metafísicos. ¡Fatalistas, y predicaban la virtud! ¿Por ventura, Ciceron aparece de otro modo cuando refunde el tratado del estoico Panecio? ¿De ninguna manera: la lógica del tiempo, no tenia tales exigencias. Por el contrario, el primer filósofo cristiano, San Justino, sabe muy bien establecer la distincion entre la moral de los estoicos y su metafísica; y si es verdad que tributa sus homenajes á la una, es para denunciar á la otra como absurda. Podemos pues, decir con toda verdad, que la ciencia compleja, ó el admirable conjunto de las ciencias, ha nacido con el cristianismo. Y nosotros, herederos de esta ciencia, no podremos en lo de adelante separar estas dos cosas, el dogma y la moral. Hé aquí un mérito á la verdad inapreciable, de que la filosofía moderna es deudora al cristianismo.

Se ha dicho elocuentemente: el cristianismo tiene sus virtudes propias, sus *virtudes reservadas*; ¹ y no cabe duda en que una de las preeminencias de la moral filosófica despues del Evangelio, consiste aún en sufrir el ascendiente de esas virtudes y ceder á su imperio.

Esas virtudes sublimes, no prescriben tan solo el respeto, sino que subyugan por el encanto irresistible que nos atrae á la familia, y enlazan de esta suerte sus raíces con las fibras mas delicadas de nuestro corazón. ¡Cuántos hombres hay para quienes la imágen del pudor cristiano es inseparable de la de una madre ó una hermana, y cuya alma no se conserva pura sino á la sombra de tan caro recuerdo! ¡Cuántos, tambien, que despues de haber entregado su juventud al soplo ardiente de las pasiones, se admiran, á la hora de un sa-

1.—Conferencias del R. P. Lacordaire, en Nuestra Señora de Paris.

ludable arrepentimiento, de volver á hallar intacto en sí mismos, ese tipo ideal de la virtud! Y ¿por qué no decirlo? ¿El recuerdo de la primera comunión no es muchas veces un preservativo eficaz contra el peligro, ó una saludable advertencia despues de la caída? Es ménos fácil de lo que pudiera creerse, olvidar esos dias de inocencia, de alegría sin remordimientos; en apoyo de lo cual podríamos citar mas de un testimonio. Mas de todo eso se compone nuestro ser moral; y de ahí nacen en nosotros, escrúpulos, delicadezas y alarmas de conciencia que la antigüedad no conocia, y que hoy son, á Dios gracias, el patrimonio de todos, así de los que se llaman filósofos, como de los mas humildes y sencillos cristianos.

Hé aquí un trozo de Julio Simon, que probablemente no habria escrito un filósofo de Aténas ó de Roma:

«Supongamos que un hombre habituado desde su infancia á costumbres puras y á un lenguaje decoroso, emprende leer libros obscenos únicamente por distraccion, sin tener gusto por aquellas obscenidades, pero sin cerrar tampoco, al encontrarlas, obras cuya invencion y estilo le interesan por otra parte. Durante los primeros volúmenes, sufre con la lectura de aquellas torpezas, que son obstáculo á su apetecido recreo; pero la impresion va disminuyendo con la costumbre, y bien pronto ya no la experimenta. Lo mismo acontecerá si en lugar de pasajes obscenos, su biblioteca le presenta máximas inmorales: al principio se alarma y se rebela; mas si su alma carece del temple que necesita, llega á caer mas tarde en la indiferencia; y de la indiferencia en materia de honor á la depravacion, no hay mas que un paso. ¹

1 *Le Devoir*, p. 74.

Tampoco puedo creer que un pagano hubiera hablado del amor en estos términos:

«Nunca será bastante el empeño que se tome en inculcar estas grandes verdades: que el amor es un sentimiento moral que tiene por fin y efecto la union de dos almas entre sí, que á un solo objeto dá su preferencia y va en pos de él con un ardor siempre celoso y cada vez mas grande; que necesita de la indisolubilidad y eternidad de los vínculos que forma; y que no puede resistir á la energía de nuestra voluntad, cuando nos proponemos rendirle.» La naturaleza nos ha formado «no para amores pasajeros, sino para el matrimonio indisoluble, solemnizado por la sociedad humana y santificado por la bendicion de Dios.»¹

Poco ántes habia dicho Julio Simon, hablando contra la fuerza poderosa de las pasiones, á que dá el nombre de *argumento de las almas débiles y cobardes*: «Es preciso saber que no hay nada en nosotros que no seamos capaces de dominar; que somos realmente árbitros de nuestros amores y deseos, lo mismo que de nuestras voluntades. Cada uno debe demostrárselo á sí mismo por la experiencia. El corazon podrá sufrir hondas heridas, pero la victoria es segura, y el hombre solo se vé vencido por su propia culpa.» Magnífica sentencia; pero hay que tener en cuenta lo poco que podemos sin la ayuda de Dios. David halló ocasion de arrepentirse de aquella atrevida palabra: *Non movebor in æternum*; y nosotros los cristianos decimos todos los dias á nuestro Padre que está en los cielos: *No nos dejes caer en la tentacion*.

Nuestro filósofo tiene á veces acentos que parecen ser

¹ Ibid., p. 151.

el eco del púlpito cristiano. «Singular espectáculo es el que dan los hombres cuando hacen objeto de sus burlas ó alegre pasatiempo lo que deberian reputar mas sagrado. Hablad á un hijo de su madre; á un marido de la honra de su mujer, y estad seguros de mover su corazon y enternecerle. Sin embargo, entrad en un teatro; en todos ellos veréis hoy representar la misma comedia y el mismo drama: un marido ridículo, y dos amantes, dos adúlteros, son el objeto que atrae todo el interes del público, y que hace derramar lágrimas á castas madres de familia y á tiernas jóvenes educadas por otra parte en el recogimiento y la modestia. La misma contradiccion hallaréis en esos libros que se hace llegar al interior de las familias y nadie se apresura á desterrar de ellas, porque las expresiones son castas y la pasion no está expresada en ellos con demasiado frenesí. Pero esto es nada: para llegar al colmo, preciso es escuchar los juicios y conversaciones del mundo; ver cuál se acoge con la sonrisa en los labios al adulterio elegante, cuando ha sabido, no solo salvar, sino engalanar las apariencias, en tanto que no hay desprecio que se considere bastante fuerte para el vicio desgraciado ó poco diestro; preciso es oír contar como inocentes narraciones las hazañas previstas por el Código penal, y que castigan diariamente los jueces correccionales: observar cómo se oculta cuidadosamente, cual si fuese un vicio ó una falta, lo que aun resta del pudor y de la inocencia; se hace burla en la calle de las virtudes que se practica ó se quisiera practicar en el hogar doméstico, y no se deja un momento á la mujer, á la hija ó á la hermana, sino para ir al club á repetir frases obscenas, ó al teatro para reír con sus indecencias.» Hay algo

de Masillon en esta brillante página; y no puedo ménos que recomendarla á todos aquellos que se dejan llevar por los extravíos que condena, lo mismo que las reflexiones siguientes: «Una comedia, en la cual el interes todo está en favor de la mujer adúltera, y todas las burlas son para el marido ultrajado, es un verdadero atentado contra las costumbres. Imposible es gozar con semejantes espectáculos, y conservar el horror del vicio. Si un filósofo, en un libro serio que desde luego pocas personas han de leer, hace la apología del adulterio, puede estar seguro de que le condenará la policía correccional; y es justo que así se verifique: pero que la misma apología se exponga en una pieza dramática á millares de espectadores, y no excitará el menor escrúpulo. Aquella pieza será la de moda, y mujeres modestas acudirán apresuradamente á verla. Modestas! . . . no, no lo son mas que en apariencia. El primer grado del vicio es reputar amable el vicio mismo.» ¹

Julio Simon adopta acerca de la virginidad, una doctrina muy ortodoxa y que es del todo conforme á la del Angel de las Escuelas. ²

A semejanza de Santo Tomás, distingue dos géneros de apetito, uno que vé á la conservacion de la especie,

¹ Le Devoir, págs. 168 y 393.

² «Alia ratio est habenda in his quæ pertinent ad necessitatem uniuscujusque hominis, atque alia in his quæ pertinent ad multitudinis necessitatem. In his enim quæ ad uniuscujusque necessitatem pertinent, oportet quod cuilibet provideatur: hujusmodi autem sunt cibi et potus, et alia quæ ad sustentationem individui pertinent: unde necessarium est quod quilibet cibo et potu utatur. In his autem quæ necessaria sunt multitudini, non oportet quod cuilibet de multitudine attribuat, neque etiam est possibile.... Quia igitur generatio non est de necessitate individui, sed de necessitate totius speciei, non est necessarium quod omnes homines actibus generationis vacent, etc.» (Santo Tomás, *Summa contra gentiles*, I. III. cap. CXXXVI. Cf. *Summa Tehol.*, 2.º 2.ª, q. 152. a. 2.º ad primum.)

otro á la del individuo; y dice, hablando del primero: «La abstinencia puede ser absoluta para el apetito del sexo, y á pesar de cuanto pudiera decirse acerca del voto de la naturaleza, no teniendo ésta necesidad de que todos los individuos se reproduzcan, muy bien puede permitir que la continencia, sea no tan solo posible, sino fácil. Y lo es, en efecto, para una alma bien dirigida, que no se ve agitada por ningun recuerdo voluptuoso, y que no queriendo dejarse llevar de aquel apetito, tiene enfrenados á todos los demás. Aunque la virginidad no pueda ni deba considerarse mas que como una excepcion, no es justo ni filosófico condenarla, pues que no es contraria al plan de la Providencia, é inspira siempre cierto respeto á todo espíritu recto y libre de preocupaciones.» ¹

¿Tendré necesidad de señalar las fuentes cristianas de esta moral? El autor, á lo que creo, no ha tenido la mas leve intencion de ocultarlas; ni pretende tampoco desconocer los dones inapreciables del cristianismo, cuando escribe sobre la obediencia monástica, la abstinencia y la pobreza voluntaria, trozos magníficos que parecen extractados de Alonso Rodriguez. A pesar del desden con que trata Julio Simon al ascetismo, parece indudable á veces, que ha cobrado una aficion decidida por la lectura de aquel grande y venerable asceta español.

¡Cuán distantes nos hallamos de Ciceron! y ¿cómo cumplir la promesa que hemos hecho de compararle con Julio Simon? La comparacion es apenas posible con tales desemejanzas. Mas ya que largamente hemos expuesto la doctrina falsa é inconsecuente de Ciceron acerca del suicidio, llegada es la ocasion de manifestar

¹ Le Devoir, p. 122.

la doctrina verdadera y sana de Julio Simon, sobre el mismo objeto.

Los estoicos, observa Julio Simon, no creyendo ni en Dios, ni en la vida futura, é identificando la nocion del deber con el sentimiento de la dignidad personal, bien pudieron hacer del suicidio una virtud: la muerte, en moral, ocupaba para ellos el lugar de Dios. Pero toda esta doctrina, agrega, viene por tierra desde el momento en que el hombre deja de ser su propio fin. Si hay un Dios, no podemos ir á él, sino cuando nos llame. Si se han impuesto al hombre ciertos deberes, mayor crimen es, sin duda, desaparecer para eludir su cumplimiento, que infringir esos mismos deberes. Los que creemos firmemente que no hay un lugar en todo el mundo destinado á lo inútil, y que el último grano de arena tiene su puesto y su destino, no queremos ni aun discutir las objeciones de aquellos que se declaran incapaces de llevar lo que llaman la carga, y que nosotros debemos llamar el deber de la vida. La mayor parte de esas supuestas imposibilidades, no tiene su origen sino en los disgustos y en el tedio: mas no está en nuestra mano la eleccion de nuestros deberes. Si habeis gobernado largo tiempo vuestro país, no digais que os habeis vuelto inútil por que se os ha vencido y apriionado: ayer teniais el deber de gobernar como hombre justo; hoy como justo os toca sufrir tambien. Si servisteis á la humanidad por vuestro genio, servidla por vuestro ejemplo: y tened presente, que si uno de esos deberes es mas riguroso que otro, aquel debe abrazarse con mas fuerza, y seria mas vergonzoso sustraerse á él. Aun cuando nos fuese demostrado que nada podemos en favor de nadie, lo que es imposible, no seriamos

sin embargo, dueños de nuestra vida, pues no debemos atentar contra el órden universal en nuestras personas. ¹

Nuestro filósofo, no admite, pues, ninguna de esas *causas legítimas* para quitarse la vida, que Ciceron alegaba en favor del suicidio de Caton. Por el contrario, demuestra el hondo vacío y la inmoralidad de esas máximas perversas de que se sirven los modernos para cubrir semejante infamia y cobardía.

Las falsas ideas, que la mayor parte de los hombres se forma sobre el honor, son causa de la indulgencia que comunmente se tiene para con aquellos que, entre el suicidio y la deshonor, optan por el primero. Perdóneseles en buena hora, porque es preciso perdonar aun á los culpables; pero que se les perdone como delincuentes. La deshonor está en la misma accion vergonzosa: morir despues de haberla cometido, no equivale á deshacer el acto criminoso. Hay comerciantes que estando á punto de quebrar, se quitan la vida para libertarse de la vergüenza; pero con ello, escapan tan solo del sentimiento de la vergüenza, mas no de la vergüenza misma. Si no habeis sido mas que unos desgraciados, se les podria decir: vivid para probarlo; si habeis sido imprudentes, vivid tambien, para expiar desde luego vuestra falta y repararla en seguida: pensad en que os vais á quitar la existencia en momento en que ya no pertenecéis á vosotros mismos, y en que solo deberiais tratar de levantar el edificio que habiais convertido en ruinas.

«Hay otros que se suicidan porque su pasion no ha sido satisfecha. ¿Qué pudiera excusar una muerte seme-

jante? ¿No revela una alma sin energía ni nobleza, incapaz de gobernarse á sí misma y de sufrir con resignacion? Otros, por último, dejan la vida por tedio ó por cansancio, y son los mas viles y miserables de todos.

¡Oh, cuán desgraciado es el hombre que no sabe amar ni sufrir!»

«Raras veces acontece que ese disgusto de la vida tenga por origen un grande infortunio, un dolor inmenso y sin tregua. Por lo comun, son esos hombres orgullosos y delicados, que hacen consistir la superioridad en una susceptibilidad exquisita y desordenada, y que por su languidez, embrutecimiento y degradacion, sirven solo de una carga pesada y fastidiosa á los demás y aun á sí mismos; son esos hombres, vuelvo á decir, quienes conservan la energía y el valor que se creen precisos para disparar un pistoletazo.»

El tono de profunda conviccion que reina en este elocuente trozo, nos excusa de añadir otras reflexiones; y es evidente, por otra parte, que la filosofia antigua no empleó nunca un lenguaje semejante.

V.

Indudable es, que lo que mas interesa al hombre conocer en materia de moral, es su fin último, el término que debe alcanzar para que se cumpla su destino. Todo aquello que nos acerca á nuestro fin, es bueno; y lo que de él nos aparta, debe en consecuencia ser malo: en vano buscaríamos en otra parte la regla de la moralidad de nuestras acciones. Pero encaminarnos á nuestro fin, es la virtud; llegar á conseguirle, es la bienaven-

turanza; de donde resulta, que la virtud es el principio de la eterna ventura.

Mas ¿en qué consiste realmente ese fin? ¿Cuál es el objeto en cuyo seguimiento está la esencia misma de la virtud, y cuya posesion debe ser un dia nuestra bienaventuranza? ¿Cuál es, en una palabra, el soberano Bien? Hé aquí una cuestion en extremo fácil para nosotros que hemos tenido la dicha de recibir las luces de la fe; pero cuestion interminable, insoluble para la humana filosofia. ¿Sabeis cuántas soluciones contaba Varron, tomando por punto de partida los diversos sistemas que existian en su tiempo? Pues eran nada ménos que 288.¹ Ciertó es que San Agustin observa, que todas esas opiniones podian reducirse á doce: pero aun cuando, siguiendo el mismo camino que Varron, se llegase á descubrir que no habia mas que tres verdaderamente plausibles, todavia seria demasiado, pues que tanto importa no engañarse acerca de tan grave materia, en que es preciso que cada uno elija, á riesgo de sus propios intereses.

¡Cuán grave y doctamente disertais sobre este punto, Torcuato, Caton, Pison, y vos mismo, oh Ciceron, que los habeis interpretado!² ¡Cuán admirables son vuestros diálogos, y vuestros racionios cuán sutiles é ingeniosos! Mas ¿cuál viene á ser la conclusion de tantos y tan bellos discursos? Un cumplimento que dirige uno de los interlocutores á su adversario, por haber dicho en magnífico latin, lo que hasta entónces solo se habia expresado en griego. Por lo demás, la cuestion se queda en pié, y cada uno se encuentra como al principio,

¹ Véase á San Agustin, *De civitate Dei*, I. XIX. c. I, II, III.

² En la obra intitulada: *De finibus bonorum et malorum*.